

**Obispo Gerald Barnes**  
**Homilia 9-21-18**  
**V Encuentro**

Muy buenas tardes. Soy el Obispo Barnes de la Diócesis de San Bernardino. Y si no se escuchó soy de la Región XI. Y todos somos delegados de una gran comunidad que está contribuyendo al bienestar de este gran país y al crecimiento de la Iglesia. Traemos en nuestras venas la historia y el testimonio de muchas razas, culturas y pueblos. Somos mestizos. Es decir, mezclados, las razas blanca, negra, africana, indígena, india, árabe corren por nuestras venas y nos sentimos orgullosos de esta mezcla que nos une a todos.

Pero tenemos una identidad. No somos masa, somos pueblo con una historia, con un lenguaje común, con unas tradiciones, pero sobre todo con una fe enorme y con un gran amor a la Iglesia. Estamos aquí, continuando el caminar de tantos laicos comprometidos, religiosos, sacerdotes y obispos que abrieron la brecha al ministerio hispano en los Estados Unidos. En algunas regiones esta historia se extiende a varios siglos de caminar misionero. En otros casos es más reciente, pero en todos los lugares podemos recordar a los pioneros que plantaron las semillas del Evangelio, que han fructificado nosotros y los que vienen detrás de nosotros.

Pido que se pongan de pie los que estuvieron en el I Encuentro. En el II. En el III. En el IV. Muchas gracias a ustedes. Ha sido una historia de alegría y esperanza, pero también ha habido momentos de lucha, incertidumbre, y marginación. No podemos olvidar. Es parte de nuestra historia. Y ahora estamos en el V Encuentro con mucha alegría, entusiasmo y esperanza porque el pueblo ha dicho sus palabras y se ha comprometido a la acción. Los Encuentro Parroquianos, Diocesanos y Regionales, fueron oportunidades para el conocimiento mutuo, la escucha atenta de los unos a los otros, y la oración en común. Aprendimos que la misión se aprende misionando. Que hablar de lo que nos pasa es el primer paso para anunciar a Cristo que siempre está a nuestro lado. Y en nuestro caminar, escuchamos otras voces, voces de personas que usualmente no son escuchadas. O porque son pobres, o porque son ricas, o porque son negras o blancas o porque simplemente tienen otro estilo de vida. Ellos también han enriquecido lo que hoy vamos a discutir y reflexionar.

Las lecturas de hoy son muy apropiadas para arrancar el V Encuentro. La motivación es profunda. Respondan a su vocación, retomando las palabras de San Pablo, yo los exhorto aquí y ahora a que lleven una vida digna del llamamiento que han recibido. Que sean siempre humildes y amables. Sean comprensivos y sopórtense mutuamente con amor. Esfuércense a mantenerse unidos en el Espíritu. Pues los que nos une es un solo Señor. Una sola fe. Un solo bautismo. Un solo Dios y Padre de todos. Que reina sobre todos. Actúa a través de todos. Y vive en todos.

Estas palabras son tan antiguas como actuales. Pues nos motivan a construir la Iglesia siguiendo unos valores que nunca van a cambiar. La comunidad hispana de los Estados Unidos está llamada a ser instrumento de unidad y promotora de comunión en medio de todas las otras comunidades con las que convivimos y compartimos. Hablar de ministerio hispano es hablar de ser puentes. De promover el desarrollo de comunidades donde todos tengan la oportunidad de crecer. De llegar a ser personas perfectas. Que alcanzan, en todas sus dimensiones, la plenitud de Cristo.

El evangelio de la fiesta de San Mateo nos impulsa a responder al llamado. No es una organización, ni un sacerdote, ni un obispo que nos llama. Es el mismo Jesús que sale a nuestro encuentro en el trabajo, en la familia, en la calle, en el campo. Y nos empuja a seguir, llevando este mismo llamado a todos los que están alrededor. Pero especialmente a aquellos a quienes la sociedad ha marginado, excluido, rechazado. Este es el mensaje del V Encuentro. Recuperar para los ministros, pero también para todos los bautizados la vocación de ser discípulos misioneros, portadores de esperanza, testigos del amor de Dios. Realizar el milagro que hizo Jesús al llamar a Mateo. Cambiar la mentalidad. Confrontar las formas falsas de hablar de Dios. Como Mateo tenemos que integrarnos a la misión, enfocarnos en la misión, convertirnos hacia la misión.

Jesús predica esta misión con acciones que sí se llevan un mensaje profundo. Sentarnos con los excluidos es ya proclamar el Evangelio allí donde nos tocó vivir. San Pablo en la primera lectura, y Mateo en el evangelio, nos recuerdan que es el Espíritu de Dios el que nos va a llevar a la unidad. Que es su fuerza transformadora la que nos hará partícipes de la vida divina, de la vida Trinitaria. Que es Dios mismo el que hará su obra a través de nosotros. Y para traernos vida nueva a cada uno de nosotros. Si ponemos nuestra confianza en su acción transformadora, si lo invocamos con todo el corazón, si nos disponemos para que actúe su gracia, no tendremos miedo de realizar la misión de la Iglesia, porque solo así podremos verdaderamente purificarla por dentro.

El tiempo que estamos viviendo, cuando hay tanta división, traición, abuso de poder, nos impulsa a confiar más en la fuerza transformadora del Espíritu y seguir adelante. Las voces proféticas de nuestros hermanos y hermanas a quienes representamos resuenan en este momento en nuestro corazón. Yo recuerdo con mucha alegría en el Encuentro Diocesano de San Bernardino, me impactó el entusiasmo con el que los jóvenes opinaban sobre el futuro de la pastoral juvenil. Especialmente con los jóvenes que ya hablan poquito o nada de español, porque hablan el Spanglish. Pero que sienten y viven su cultura. Me entusiasmó ver en todos los grupos el interés en responder a las necesidades de las familias. Se trataron con mucha pasión los temas de la educación superior, la familia, la pastoral migrante, la justicia restauradora. Hubo tanto entusiasmo como seguramente lo hubo en todas las otras diócesis a lo largo de la unión americana.

Los Encuentro Regionales, donde los obispos escucharon al pueblo en su reflexión, en sus preocupaciones, fueron un tiempo de gracia y bendición. Por eso ahora, conviene cerrar este círculo de reflexión, que nos lleve a la acción. Los invito a vivir con mucha pasión esta etapa del proceso. Estamos aquí como enviados, delegados, representando a millones de hispanos católicos que luchan, viven y trabajan en este país. Y que contribuyen con su fe a la riqueza de la Iglesia. No lo hagamos quedar mal. Expresamos lo que escuchamos en nuestras diócesis y regiones y pongamos atención a lo que aquí se discuta y se diga, para regresar el mensaje a nuestros hermanos en nuestras comunidades locales.

Nosotros somos como aquellos primeros apóstoles y discípulos que se reunieron en Jerusalén, enviados de todas las comunidades, para discutir lo que era esencial de la vida cristiana y lo que no era esencial. Ahora nosotros, los nuevos apóstoles y discípulos, en comunión con mis hermanos obispos, somos los encargados al invocar al Espíritu, para que esté presente en esta reunión. Y para que nos ayude a llevar las buenas noticias que aquí se proclamen a aquellos que nos han enviado.

Que esta cena del Señor, esta cena de amor, renueva nuestra hermandad, unidad y amistad para fortalecer nuestra respuesta a ser discípulos misioneros, testigos del amor de Dios. Y podemos cantar, "Cantemos al amor de los amores, cantemos al Señor, Dios está aquí, ¡venid adoradores, adoremos a

Cristo Redentor! ¡Gloria a Cristo Jesús, cielos y tierra, bendecid al señor, honor y gloria a Ti, rey de la gloria, amor por siempre a Ti, Dios del Amor!" Amen.